

Elogio a la Doctrina Social de la Iglesia

Al redactar este elogio no pretendo hacer una arenga, un discurso para enardecer los ánimos a favor de la Doctrina Social de la Iglesia . Tampoco se trata de esas sentidas últimas palabras , con sabor de despedida, pronunciadas ante el féretro de un ser querido. Mi elogio es de otro signo. Ni me propongo hacer el papel de líder que enfervoriza a las masas, ni tampoco despido a una difunta, más o menos conocida o más o menos valorada llamada Doctrina Social de la Iglesia . Ésta no ha muerto, y creo que le queda vida para rato. Puede que su nombre no les resulte a algunos agraciado (por algo, a veces, se la llama Enseñanza , por manía a la palabra Doctrina). Juan Pablo II habló muchas veces de ella y nunca nos la presentó como a una dama agonizante, sino como a una maestra de sabiduría.

La Doctrina social de la Iglesia tiene ya muchos siglos de vida y, por tanto, de aprendizaje, de experiencia y de sabiduría. Si tuviéramos que hacer su genealogía, tendríamos que remontarnos hasta los tiempos de la creación. A partir de aquel momento primero -del que el libro del Génesis habla simbólicamente- la mujer y el varón se sintieron el uno para el otro y Yahvé Dios les encargó el cuidado de la creación, de hacerla fructificar; de procrear; de mantener en equilibrio todo lo creado para que siguiera siendo un cosmos y no un caos . Y les enseñó a lograrlo. Desde aquel momento , el varón y la mujer, se convirtieron en amigos, novios, padres, empresarios y -también- en expertos ingenieros, creadores de equilibrios para evitar el caos y mantener el cosmos.

Después de aquel encargo -no sabemos cuánto tiempo pasó, ni quizá importe mucho conocerlo- acaeció el desastre, el pecado. Tampoco importa cuál fue. Y, de nuevo, caímos en el caos. Adán y Eva sintieron vergüenza al verse desnudos; Caín mató a Abel. Hombres y mujeres quisieron ser como dioses y trataron de construir la Torre de Babel que -por no entenderse entre ellos- quedó inconclusa. Fue un monumento al desentendimiento entre los seres humanos.

Después, vinieron los profetas y los hombres de Dios, y denunciaron la avaricia, los robos, el maltrato de los pobres, la injusticia y nuestro antiguo y fallido anhelo de querer ser como Dios . ¡Nunca supimos lograrlo! Jesús de Nazaret -que sí era Dios y, además, hombre- volvió a enseñarnos a convivir, a tratarnos como hermanos, a cuidar la creación, a ser justos, a administrar bien la riqueza. Y, como regalo y gracia, nos concedió ser hijos de Dios y hermanos. Pero -como saben- su vida no tuvo, humanamente, buena suerte. No tuvo un final decoroso, según el pensar de las gentes.

De las enseñanzas de los días primeros de la creación antes de la desgracia, de los mensajes de los profetas, del Evangelio de Jesús: nació eso que llamamos (¡para nada importa el nombre!) la Doctrina Social de la Iglesia. "De la Iglesia" porque fue la comunidad de los discípulos de Jesús con sus Pastores quienes elaboraron esa forma peculiar -cristiana- de proceder en los asuntos políticos y sociales.

Queridos amigos Consejeros -o si prefieren, para estar más al día, compañeros - acá termina mi catequesis que muchos de ustedes -lo doy por descontado- la conocen de sobra. Si les he recordado todo esto es porque de nuevo, lamentablemente, sufrimos -a mi juicio- en el mundo situaciones fratricidas, pretensiones desubicadas de querer ser como dioses, afanes vergonzosos de poder al precio que sea, injusticias, dificultades viscerales para saber perdonar, usurpación de derechos ajenos, mesianismos sin consistencia y otras actitudes caóticas.

En este contexto, la mentada Doctrina Social de la Iglesia puede educarnos a resolver nuestros conflictos -nacionales o internacionales- con mayor sabiduría, equidad, sentido común, justicia y con ese amor que impregna el Evangelio. Por eso, mi elogio a la Doctrina Social de la Iglesia.

Conozco a muchos hombres y mujeres -cristianos o no, sea su creencia o increencia la que sea, que los nombres, en definitiva, no importan- que son de esta condición y talante, que su conducta está acorde con los valores del Evangelio de Jesús y con la reflexión que la Iglesia creyente y fiel ha ido haciendo, a lo largo del tiempo, sobre la Palabra de Dios al hombre.

Reconozco el acierto de los primeros hombres y mujeres de ACDE, abiertos al futuro, cuando eligieron la Doctrina Social de la Iglesia como criterio de estilo de vida y de acción empresarial. A mi saber y entender acertaron. ¿No lo creen? Hemos de seguir sus huellas. Al menos, eso pienso.

Fray Luis Carlos Bernal, op

Asesor doctrinario de ACDE